

dadero hijo de la Iglesia, sigue en paz el camino que te han trazado los Santos: y despues de los Apóstoles, de los Mártires. y de todos, no temas ni la exageracion ni el error: todos los primitivos fieles despues de S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Agustin; despues de san Francisco de Asis, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura; despues de san Felipe Neri, san Carlos Borromeo, san Ignacio, san Cayetano, san Francisco de Sales y san Alfonso Maria de Ligorio; despues de Belarmino, Fenelon, Bourdaloue y otros que han exaltado á porfia la frecuente Comunión, la Comunión diaria, la verdadera Comunión católica; ¡no temas ni la exageracion ni el error (1)!

“¡Alegraos en el Señor: sí, otra vez os digo, alegraos en Él! [2]” Y queriendo vivir por y para Jesucristo, aliméntate frecuentemente de Él.

---

(1) Consultar, con relacion á la frecuente Comunión, el excelente libro mas arriba indicado, por el abate Favre de Saboya, titulado *Le Ciel ouvert*. Es el resumen mas completo y mas católico sobre esta tesis tan importante, sobre la cual ha procurado la ignorancia acumular tantas preocupaciones. El libro del abate Favre, aunque pesado ó poco pulido en su forma, es en el fondo un verdadero tesoro por la doctrina que encierra.

(2) Philipp, vi, 4.

LA FRECUENTE COMUNION PARA LOS NIÑOS.

---

Casi se vería uno obligado á caer, atendida la ligereza de los niños, que no es posible para ellos una frecuente Comunión, y que en este caso las reglas de la Iglesia solo hacen referencia á los adultos. Nada de esto; y hé aqui todavía una de aquellas preocupaciones desastrosas, causa de las ruinas de tantas almas juvenes, puesto que las entrega indefensas á los terribles ataques de las pasiones.

Los niños; lo mismo que los mayores, pueden y deben comulgar á menudo; porque Nuestro Señor Jesucristo, que conoce mucho mejor que nosotros esa ligereza que nos espanta, no les pide mas que aquello que son capaces de darle y ademas, como el maligno espíritu tiende todas sus asechanzas á arrebatarnos desde muy temprano el mas inestimable de todos los tesoros, que es la inocencia; de aquí que el único medio para defenderse de sus emboscadas y ardidés en la sagrada Comunión.

Ya hemos dicho mas arriba que nunca se comulga dignamente; bastando para ello recibir al Señor con sincera y buena voluntad. Esto es una verdad tanto para los niños como para los hombres. Cuidándose, pues, la experiencia de enseñarnos que nada hay tan sincero como la buena voluntad del niño que acaba de hacer la primera Comunión, ¿por que no se le ha de administrar este santo Sacramento, cuando él ama á Jesucristo, y desea fervorosamente recibirlo?

Las mas de las veces, mucho mas dignos son ellos de acercarse á recibir el divino Sacramento que nosotros que menospreciamos su piedad; y esto mismo parece indicarnos el divino Maestro cuando dice: "Permitid que se acerquen á mi los niños, el reino de los cielos es para aquellos que se les parecen." El reino de los cielos sobre la tierra es la sagrada Eucaristía.

Tú me [recordarás aqui la ligereza de la infancia. Nada hay mas cierto, es verdad: pero por esto mismo es necesario hacerles comulgar á menudo, cuando aman y quieren amar al buen Jesus. La ligereza no es ningun obstáculo cuando no es voluntaria. Para un niño una semana es un mes; á esta edad succédense rápidamente las impresiones; hácese por lo tanto indispensable repetir con frecuencia estas impresiones cris-

tianas, si queremos preparar para el porvenir hombres fuertes en la fé.

¿Me vuelves á decir que la infancia es ligera?

Si: soy de tu mismo parecer; pero en cambio es buena y afectuosa; y como es necesario dar el verdadero pábulo á su incesante necesidad de amar, resulta de aquí que se hace indispensable procurar se ponga en relacion íntima con Jesucristo para alcanzar el fin apetecido, que es su amor. Aunque sean una realidad todas sus faltas y todos sus defectos, tienen, sin embargo, poca consistencia; y por medio de la piedad se impedirá que aquellos afectos y falsas pasen á ser vicios.

Todo niño cristiano, á partir de la primera Comunión, debería tener por regla recibir la sagrada Eucaristía todos los domingos y demas fiestas de guardar, si á ello no se opusiesen su director espiritual, ó sus padres ó sus maestros, por haber observado que le faltaba *evidentemente* la buena voluntad indispensable para recibirla dignamente: y así todo debería ser, con mucha circunspeccion, ordenársele el retraimiento porque el peligro de tomar malas costumbres, peligro que hiela el corazon maternal, y que solamente es combatido con eficacia por la sagrada Eucaristía, se presentaría de frente, produ-

ciendo males incalculables. ¿Quiéres conservar la inocencia: quieres conservar la pureza de tu hijo? Anímale, pues, á comulgar muy á menudo, y no se lo impidas, mayormente cuando á ello fuere incitado por su director espiritual. ¡Cuántos padres y cuantas madres; obrando inconscientemente y por un celo mal entendido, son la causa principal de que sus hijos se pierdan miserablemente! ¡A cuántos y cuántos he conocido, que han sido la causa directa y final de aquella misma corrupcion que tanto temian! No temas, pues, mientras tu hijo asista con frecuencia á la sagrada Comunión: pero si desgraciadamente observares en él negligencia y poco amor á tan divino Sacramento, ¡desdichado de tí! porque todo se puede temer del niño que se aleja de Dios.

Me dirás tú que temes el porvenir, y que mas vale ir despacio al principio, porque siempre es sumamente enojoso tener que retroceder. ¡Y por que tendrías que retroceder? ¿Acaso dejarían de amar á Dios estos buenos y piadosos niños? ¿No es, por ventura, la mejor garantía para un porvenir verdaderamente cristiano una juventud fervorosa? Si quieres, pues, que tu hijo se halle mas tarde con fuerzas suficientes para hacer frente y contrarrestar al mal, dejálo

que, de buen principio, las tome con abundancia en el manantial de toda fuerza, y permítele que se una muy íntimamente con el principio de toda fidelidad; y de este modo será su piedad presente la prenda y salvaguardia de la del porvenir, igualmente que la inocencia conservada será, tanto para tí como para él, la aurora de una pura adolescencia.

Si, pues, á pesar de la sagrada Comunión acontece las mas de las veces que no pueden los niños evitar el caer en nuevas faltas, ¿qué sucedería si estuviesen privados de alimentarse del "Pan sagrado que engendra vírgenes?" Pocos niños hay á quienes baste comulgar una vez al mes; atrévome á afirmar que no hay casi uno que no pueda sacar gran fruto de la Comunión semanal, y la considero *necesaria* para aquellos que se hallan inclinados á las pasiones sensuales. Confieso y creo, sin embargo, que muy pocos son los que, hasta la edad de catorce ó quince años, vienen bastante piadosamente para comulgar mas de una vez por semana; pero eso tampoco obsta para que aquellos que aman de corazón á Jesucristo, ejercen sobre sí mismos una esquisita vigilancia y no cometen *deliberadamente* ningún pecado, puedan hacerlo con gran provecho dos ó tres veces por semana.

En los primeros siglos del cristianismo admitiase indistintamente á la Comunion diaria á los niños y á los adultos; de ella procedía aquella vigorosa savia de la vida cristiana, aquel espíritu de fé, de oracion y de fervor, que dió á la Iglesia tantos santos y mártires de diez, doce y quince años. ¿Ha disminuido, acaso, el poder de Dios? Luego los mismos medios producirán los mismos efectos, en nuestro siglo, y la Iglesia verá brotar nuevos santos de entre los fieles de la angelical infancia, si les damos á gustar el Pan de los Angeles.

“Tememos, dicen finalmente algunos padres, que nuestro hijo llegue á ser demasiado piadoso ó devoto y que termine por quererse hacer sacerdote, y consagrarse totalmente á Dios.” ¿De cuándo acá piedad y vocacion son dos palabras sinónimas? El tener miedo á la vocacion es ya de si una gran aberracion por parte de algunos padres cristianos, porque el consagrarse á Dios es sin duda “la mejor parte,” y trae la bendicion á toda una familia; pero el tener miedo á la piedad es demostrar muy á las claras una falta completa de sentido comun. La piedad es el mejor de los bienes: es la verdadera felicidad, y, como dice la sagrada Escritura, “es buena para todo, teniendo las promesas de la vida futura y

tambien las de la vida presente.” Nunca seremos demasiado piadosos, porque es imposible que lleguemos á ser demasiado buenos. ¡Pobres niños á quienes se pierde tan lastimosamente con semejantes ilusiones!

Dajemos, pues, que los niños gocen de esta libertad religiosa que por sí sola bastará para abrir sus corazones é iniciarlos en la vida cristiana. Si no tenemos derecho para coartarla, mucho menos nos asiste para violentarla, especialmente en lo que concierne á los santos Sacramentos. Nuestro derecho y nuestro deber es instruirles, dirigirles y procurar salvar su inexperiencia con todo nuestro afan; pero sobre todo que nuestra direccion sea eminentemente católica, y que jamas pueda vislumbrarse en ella el menor asomo de querer poner trabas de conciencia. Por este abuso de autoridad se falsean las almas, y sin quererlo se contrarian los designios que sobre ellas tiene Dios Nuestro Señor.

Por consiguiente, acérquense tambien los niños á la sagrada Mesa, y de este modo tendremos generaciones grandes y poderosas, que solo la Eucaristía hace cristianos.

“Pero ¿no es esto pedir un imposible? Recargados los sacerdotes con un trabajo ímprobo, casi no pueden, á pesar de su esquisito celo, for-

maries para la piedad, y ponerles en estado de comulgar á menudo." Yo soy el primero en reconocerlo con sumo dolor. Creo, sin embargo, que si se llegase á apreciar en su justo é incomparable valor esta parte del sagrado ministerio tan á menudo descuidada, se podrian fácilmente tocar preciosos resultados; y si no se pudiese iniciar á todos los niños en los verdaderos principios de piedad, á lo menos habria siempre el tiempo suficiente para preparar á una frecuente Comunión á aquellos que tanto por su clara y despejada inteligencia, como por su buen corazón y felices disposiciones, diesen mejores esperanzas. Séame permitido llamar sobre este punto muy seriamente la atención, tanto de los sacerdotes como de los padres.

#### LA FRECUENTE COMUNIÓN PARA LOS JOVENES.

Cuanto acabo de decir con respecto á los niños, tiene todavia mucha mayor aplicación para los jóvenes de diez y seis á veinte años, edad temible en la que la lucha incesante de las pasiones se complica con los ejemplos corruptores

que ofrece el mundo y con otras mil dificultades procedentes del exterior. San Felipe Neri que consagraba toda su vida á la santificación de la juventud romana, y cuya autoridad tiene doble peso tanto por su angelical santidad como por su especial experiencia, declaraba muy terminantemente que la frecuencia de la sagrada Comunión, juntamente con una nueva devoción á la Santísima Virgen, no solo era el medio mas á propósito, sino que, en su sentir, era el *unico*, para conservar á la juventud en las buenas costumbres y en la vida de la fe, levantarla en sus caídas y reparar todas sus debilidades.

Pasó cierto dia un estudiante á encontrar al Santo, suplicándole muy encarecidamente se dignase ayudarle á despojarse de los malos hábitos que tiempo hacia le tenian esclavizado. Despues de haber oido San Felipe la humilde confesion de todas sus debilidades y faltas, le consoló y le animó, y le dió sabios y prudentes consejos; y por último le despidió habiéndole absuelto y hecho dichoso, ordenándole que pasase al dia siguiente á recibir la sagrada Comunión, y añadiendo al mismo tiempo que, "si por desgracia le acontecia volver á caer en aquellas faltas, pasase inmediatamente á verle, y tuviese toda su confianza puesta en la bondad de Dios."

Vió al dia siguiente acercarse á su confesorario al pobre jóven á acusarse de una recaída. Como la primera vez, le levantó el Santo en su segunda caída, animándole á luchar con valor; y al concederle de nuevo la absolucion de todas sus culpas, le ordenó, como en la víspera, que se acercase á recibir la Sagrada Eucaristía. El estudiante de una parte violentamente combatido por la costumbre, y de la otra por su vivo deseo de convertirse á Dios, alcanzó por medio de aquella misericordiosa direccion, al mismo tiempo que por la frecuencia en acercarse á recibir el Pan de los Angeles, tal fuerza y energía, que pasó trece dias consecutivos á reconciliarse con el Santo; y si el uno era incansable en su caridad; no lo era ménos el otro en su penitencia. Venció por fin el amor, y Jesucristo pudo contar en el número de sus fieles á un nuevo siervo, quien, en muy poco tiempo, hizo en el camino de la santidad tan rápidos progresos, que san Felipe no titubeó un momento en juzgarle digno del sacerdocio. Admitido posteriormente en la Congregacion del Oratorio, edificó á Roma con su celo y sus virtudes, y jóven todavía, tuvo la muerte de los santos. Su mayor gusto era contar la historia de su conversion para así animar á los pobres pecadores, y al mismo

tiempo hacér entender á los jóvenes que su sola áncora de salvacion es la frecuencia de los Sacramentos.

¡Qué no daría yo para hacérselo comprender así á todos y verles acudir con afan á la Sagrada Mesa! Hállase el jóven colocado, á efecto de la misma fogosidad de sus años, entre dos extremos: el amor fatal de su carne rebelada que le deshonra y le pierde; el amor á la Sagrada Eucaristía que le santifica, que es su salvaguardia y que le dá fuerzas para resistir el empuje de las pasiones. En este estado, pues, es indispensable que escoja, teniendo presente que si no quiere el amor del segundo extremo, caerá necesariamente en el primero, y entonces, ¡ay de él! A los diez y ocho ó veinté años sin el alimento de la Sagrada Eucaristía, no es posible la continencia; siendo por consiguiente todavía ménos posible aquella constancia en el bien, aquel candor vigoroso y aquellas nacientes virtudes que hacen de un jóven cristiano lo mas bello y lo mas respetable que hay sobre la tierra.

¡Qué hermoso cambio no se operaría en todos nuestros colegios y en todas nuestras escuelas públicas, si recobrase de nuevo su imperio la práctica de la frecuente Comunion! En vez de esa inmoralidad que indigna á todo corazón no-

ble; en vez de esa indiferencia cien mil veces mas corruptora que las mismas malas costumbres, veríamos despertarse del marasmo intelectual en que vegeta hace mas de siglo y medio nuestra juventud, por naturaleza tan viva, tan amable, tan despejada de entendimiento y de noble corazon, para dar á la Iglesia y á la patria hombres tan grandes como en tiempos mas afortunados. ¡Cuán cierto es que lejos de Jesucristo todo se extingue y eclipsa, y que nada vuelve á florecer si no es con su divino contacto!

La experiencia se encarga de manifestarnos la trascendental influencia que ejerce la Sagrada Comunion sobre la vida de la juventud, demostrando claramente que no hay vicios que no extirpe, ni resurreccion que no realice.

Así, pues, jóvenes, ya seais puros, ó ya por desgracia hayais caido en pecado, acercaos á la Comunion, que es la única que os mantendrá en el orden, ó bien os restablecerá en él. Creedme, nada hay mas fácil que conservarse puro y casto comulgando con frecuencia. Lo que no podéis sin Jesus, lo lograreis fácilmente con El. Pensad en el porvenir: para llegar á ser un dia hombres honrados, es necesario que hayais vivido digna y santamente los años de vuestra

adolescencia; y ademas, repito que, para que vuestra honra esté libre de toda mancha, y á salvo de todo peligro, no hay otro medio que acudir frecuentemente á la Sagrada Comunion.

---

## LA FRECUENCIA DE LA COMUNION

### EN LOS SEMINARIOS

Si hay en el mundo algun lugar en el que deba comulgarse muy á menudo, este es sin duda alguna en los seminarios, en donde vienen a cobijarse bajo la sombra de los altares aquellos jóvenes elegidos que el Salvador en su infinito amor, en su inmensa bondad y en su ternura